

REVISTA SOCIALISTA

Año I
Núm 7

PUBLICACION MENSUAL
DE LA S. A. EDITORA "LA VANGUARDIA"

DICIEMBRE 1930

Sumario

| | |
|--|----------|
| CARLOS KAUTSKY | |
| La revolución agraria en Rusia | Pág. 481 |
| Fco. PEREZ LEIROS | |
| La organización sindical en América | " 501 |
| NOE JORDANIA | |
| De la táctica socialista | " 506 |
| FRANCISCO P. CABREJAS | |
| Un ejemplo de laboriosidad y rectitud | " 512 |
| ANIBAL PONCE | |
| <u>El deber</u> de la inteligencia | " 525 |
| N. N. | |
| El programa agrario socialista húngaro | " 535 |
| IDEAS Y COMENTARIOS | " 541 |
| Los derechos del pueblo y los socialistas, R. B. — El presupuesto, R. A. M. — Maniobras políticas, R. A. M. | |
| INFORMACIONES NACIONALES | Pág. 541 |
| El trust azucarero y el proteccionismo, R. A. M. — El congreso socialista bonaerense. — La producción y distribución de manteca, queso y caseína. | |
| MOVIMIENTO GREMIAL Y COOPERATIVO | Pág. 548 |
| Métodos y sistemas de organización, A. L. — Las actividades gremiales. — El congreso de la F. S. comunista. — El congreso sindical checoslovaco. — Los bancos cooperativos. — Congreso de la F. I. del Transporte. | |
| NOTAS INTERNACIONALES | Pág. 553 |
| Las elecciones en Austria. — Congreso del Partido Laborista brasileño. — Triunfo laborista en N. Gales del Sud. — Los presupuestos de instrucción pública. — Las fuerzas laboristas británicas. — El socialismo en Letonia. — Resoluciones del congreso bolchevique sobre política agraria. — El deporte obrero. — El congreso socialista checoslovaco. — Asociación de juristas socialistas en Polonia. — Internacional Obrera de Radio. — Actividad socialista femenina. — El Partido Socialdemócrata alemán. — Triunfos socialistas en Finlandia. | |
| INDICE DEL TOMO I | Pág. 559 |
| Junio-diciembre 1930. | |

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Rivadavia 2150 - Casa del Pueblo - Buenos Aires

La revolución agraria en Rusia

(Especial para REVISTA SOCIALISTA)

LA principal característica del bolchevismo es su audacia. A ella debe en gran parte la fascinadora impresión que ejerció, y ejerce todavía, en muchos espíritus que simpatizan con el socialismo.

Pero hay muy distintas clases de audacia. No todas tienen el mismo valor.

Hagamos resaltar ante todo la audacia, digna de asombro, del hombre que pone su existencia al servicio de un noble fin aun sabiendo las dificultades y peligros que le esperan.

No tan asombrosa es la audacia del jugador de azar que procede de ligereza y de temor al trabajo. Fáltale la constancia para preparar el éxito con una labor lenta, infatigable, y prefiere abandonarse a su suerte siempre que parezca ofrecerle una ocasión para alcanzar de un golpe y sin esfuerzo una ganancia colosal si se atreve a aventurarlo todo.

No vale más la audacia que procede de ignorancia, que emprender un camino sin reflexión porque no tiene idea de los horrores que le acechan, de los abismos en que se pierde.

La más baja es la audacia, hija de la confusión y de la necesidad, que se precipita en los peligros porque no conoce otra salida para salvarse de la ruina que le amenaza por todas partes.

Cuando en otoño de 1917 emprendió Lenin la lucha por el poder estaba animado ante todo por la audacia de la primera clase aun cuando en muchos de sus compañeros. haya influido algo de espíritu aventurero. Pero cuando ya en posesión del poder se dispuso a crear de un golpe en la Rusia rezagada, por medio del terror, una comunidad que se destacase sobre todas las de los estados civilizados, cuando se dispuso a conjurar de la noche a la mañana un sistema plenamente desarrollado de producción socialista para un pueblo cuya inmensa mayoría de más de cien millones la constituyen analfabetos y campesinos que cultivan la tierra en la forma más primitiva,

también esto era, desde luego, una audacia enorme pero una audacia de la tercera clase. Se necesitaba una cantidad de ingenuidad no pequeña para dejarse imponer por ella.

Ese insensato experimento no podía terminar más que en una pavorosa catástrofe que ni el genio más brillante podría evitar. Catástrofe que resultaba de la insolubilidad de la misión impuesta en las circunstancias dadas y con los medios de que se disponía. Pero cuanto más perceptible se va haciendo la bancarrota tanto más se va manifestando la audacia de la última clase, la de la desesperación. A medida que la industria y la agricultura iban decayendo, se agigantaban los planes concebidos para salir del atolladero. Y al mismo tiempo aumenta la nerviosidad al sentir el fuego debajo. Cuanto más gigantescos son los planes tanto menor es el tiempo que se da para su realización y tanto mayor, por el contrario, la violencia que hay que usar para obligar a hacer lo que sólo la lámpara maravillosa de Aladino podría conseguir.

Lo asombroso es que, incluso en la Europa occidental, haya todavía hombres, u hombres cultos, socialdemócratas convencidos, que aun rechazando enérgicamente el comunismo se dejen, no obstante, imponer por la audacia de sus proyectos. Y nada más que por la audacia. Como si sólo con ésta se pudiera producir algo. Audacia es una virtud en la guerra pero con ella sólo no se va muy lejos en el proceso de la producción.

No quedé poco sorprendido cuando, no hace mucho, me expresaba un compañero su entusiasmo por la socialización de la Agricultura que se está efectuando ahora en Rusia. Este era — decía — uno de los hechos más grandiosos de la historia. Y creía que yo debía sentir una especial satisfacción ante una transformación tan ingente, pues siempre había defendido las grandes explotaciones agrícolas como punto de partida para su socialización. En cierto modo me veía comprometido con una felicitación de esa índole. Y aunque esto en sí sea completamente indiferente no lo es el que en nuestras filas se haga claridad sobre la posición de principio del marxismo respecto al nuevo experimento bolchevista. Por lo que veo la prensa del partido le observa con bastante escepticismo. Mas, no obstante, no me parece supérfluo investigar las razones en que se funda nuestro escepticismo. La cuestión no es la de que *probablemente* no triunfará el experimento sino el decir *con absoluta seguridad* que fracasará, que tiene que fracasar.

II

Efectivamente: al fundarse los “kolchosen” rusos, los bienes colectivos, se pusieron en práctica ideas que yo había des-

arrollado antes. También otras ideas mías se han hecho realidad en Rusia sin que esté encantado por ello.

En el año 1918 escribí un libro titulado *Comentarios socialdemócratas a la economía de transición*. Estaba ya terminado en marzo de aquel año, pero la censura de la guerra no permitió publicarlo hasta inmediatamente antes de la revolución. Examinaba en él las exigencias que tendríamos que plantear para que el tránsito de la economía de la guerra a la de la paz se verificase con el menor dolor posible y con el máximo fruto para el proletariado. Ya en 1918 contaba con la posibilidad de que la guerra terminase con una conmoción "que abriese al proletariado el camino del poder. En ese caso la economía de transición significaría no sólo la transición del estado de guerra al estado de paz sino el tránsito del capitalismo al socialismo."

Así decía en el prólogo que llevaba la fecha de julio de 1918. La situación me parecía tanto más favorable cuanto que no esperaba que los comunistas fueran tan insensatos que llegaran a escindir profundamente el proletariado alemán en el momento de apoderarse del poder haciendo de ese modo imposible que le conservasen en sus manos.

Entre otras cosas examinaba yo en el libro cómo podría elevarse rápidamente la producción con un aparato de producción debilitado por la guerra. Para ello recomendaba la introducción del sistema de equipos (pág. 44). Desde luego no era un proyecto nuevo. El sistema de equipos es una institución antiquísima especialmente en las minas.

Sin embargo, en la forma capitalista se manifiesta bastante en perjuicio de los obreros sobre todo por el trabajo de noche. Yo trataba de evitar estos perjuicios con una fuerte reducción de la jornada de trabajo con lo cual se disminuirían los peligros que para la salud ofrece el trabajo de noche ya que el equipo de noche trabajaría menos que el equipo de día.

"Supongamos que en la paz la jornada normal haya sido de 10 horas y se haya trabajado sólo en un equipo. Si se introducen tres equipos de 8, 6 y 4 horas cada uno resulta que la duración del trabajo diario se ha elevado de 10 horas a 18."

Pero como en una jornada menor el trabajo es más intenso, de ahí que con los tres equipos pueda producirse más del doble de lo que antes se producía en un día.

"Esto significaría tanto como si el número de los husos se hubiese aumentado de 6 millones a más de 12."

Para utilizar mejor su deficiente aparato de producción echaron mano efectivamente los bolcheviques, como es sabido, del sistema de los tres equipos. La idea está tan al alcance de todos que no creo que hayan sido inducidos por mí. Han

acortado el tiempo de trabajo. Pero no introdujeron lo principal: el trabajo nocturno no es más corto que la jornada diurna lo cual es indispensable si no se quiere que el trabajo nocturno actúe destructoramente sobre el organismo.

En mi obra me ocupo detalladamente de la agricultura. Las partes que trataban de ésta las publiqué luego, después de la revolución de 1919 como trabajo aparte con el nombre: "La socialización de la agricultura". Estudiaba allí la posibilidad de hacer de la agricultura una producción social, a pesar de la primacía de la pequeña explotación y exigía que las ciudades adquiriesen y trabajasen más campos que hasta entonces, para proveer de víveres a su población. Al mismo tiempo pedía el apoyo público del cultivo agrícola por las comunidades cuyos labradores reúnen sus campos como se acostumbraba en la época de las asociaciones comunales.

El resultado sería que casa, corral y huerto seguirían perteneciendo a la explotación privada, así como de exclusiva propiedad privada eran en las asociaciones comunales, pero la tierra cultivable era laborada en común por los brazos del concejo. ("La socialización de la agricultura", pág. 61).

De análoga forma, al lado de grandes explotaciones, se han erigido en la Rusia soviética explotaciones comunales, "kolchosen", por labradores asociados.

Indudablemente es un paso notable del que, en rigor, dadas las tristes condiciones de Rusia con su población inculta, empobrecida y esclava, no hay que esperar mucho, pero que de ningún modo podría perjudicar si se tratase de una asociación voluntaria de campesinos. Lo principal para mí era el que la asociación fuera voluntaria. Por eso en mi obra sobre "La revolución proletaria" publicada en 1922, me manifestaba más escéptico que en 1919 sobre las perspectivas de la agricultura explotada en común en las aldeas. Entonces había escrito antes de la revolución y esperaba una acusada posición de fuerza del proletariado, una profunda conmoción de la agricultura mediante la cual muchos campesinos hubieran sido accesibles a innovaciones. Y la fuerza política del proletariado favorecería con medidas públicas esas innovaciones. En 1922 no se podía contar ya con ello. Por eso no esperaba ya un fuerte movimiento en los círculos campesinos para asociar sus campos por grandes que fueren las ventajas técnicas que de ello resultaren para la explotación. El labrador está muy apegado a su propiedad privada. Ciertamente sigo pensando como antes en la eficacia de que el labrador posea y explote privadamente la casa, el corral y el huerto mientras que cultiva el campo en común con sus con-

vecinos. Sin embargo, en 1922 no esperaba yo este gran progreso más que del proletariado agrícola. El de Italia había hecho prometedores principios en este aspecto. Naturalmente desde entonces el fascismo lo ha destruído brutalmente, como ha destruído tantas cosas valiosas. Además recomendaba yo que al proceder a la colonización se hiciese de modo que a los colonos se les dejase como explotación privada sus casas con corral y huerto, mientras que el campo había de ser de cultivo común. En una nueva organización de esta índole no se presenta obstáculo ninguno en la propiedad privada existente. Sin embargo, esta idea no cayó en terreno fértil.

III

Pero, ¿hemos de ver en la agricultura, lo mismo que la industria, la gran explotación como la forma de cultivo superior y más productiva? ¿Una forma a la que debamos aspirar para asegurar la provisión de la población con víveres baratos y procurar al labrador mayor descanso y bienestar con la misma o con mayor cantidad de productos?

Hace una generación se discutieron vivamente en nuestras filas estas cuestiones. Después el interés ha cedido algo. Marx y Engels eran de parecer que en la agricultura, lo mismo que en la industria, la técnica moderna y la agronomía hacen de la gran explotación la forma superior, pues sólo ésta se encuentra en condiciones de aplicar completamente las modernas fuerzas productivas. La pequeña explotación campesina representa un resto de barbarie que está condenada a desaparecer y cuyo sostenimiento artificial no es incumbencia nuestra. Esta opinión estaba apoyada por una serie de hechos y gozó de gran actualidad en la época de la gran crisis de la agricultura en los dos últimos decenios del pasado siglo. Entonces aparecieron otros compañeros entre los cuales se encontraban Eduard David, el más significado de ellos, que decían que en la agricultura no regía la ley de la superioridad de la gran explotación. Aquí, a su juicio, se revelaba más conveniente la pequeña explotación. De ella sería el porvenir. El trabajo asalariado capitalista no será superado en la Agricultura como en la Industria por la socialización de las grandes explotaciones, sino por su desmenzamiento y repartición en pequeñas explotaciones de familia, cada una de las cuales, sin obreros asalariados, pertenecerá sólo al hombre, la mujer y los hijos menores.

Esta discusión me movió a estudiar detalladamente su objeto en mi libro sobre "La cuestión agraria", 1899, cuyos

juicios mantengo hoy todavía. Si desde 1900 no he hecho aparecer nuevas ediciones, no es porque haya abandonado la posición sustentada entonces, sino porque la situación agraria se modificó mucho desde entonces al pasar de un período de baja en el precio del trigo a un período de alza. Hubiese tenido, por consiguiente, que incluir en mi libro una serie de nuevos fenómenos, lo cual me impedían hacer otros trabajos.

El resultado principal al que había llegado en 1899 consistía en que daba la razón a David en algunos puntos abandonando la concepción de Marx y Engels, desde luego para mantenerla con más energía en lo esencial. Tenía que convenir en que el avance de la gran explotación en la Agricultura, observado por Marx y Engels, había cesado sin que jamás hubiera sido demasiado fuerte. Por otra parte, en cambio, no podía yo comprobar una suplantación de la gran explotación por la pequeña sino un marcado conservadurismo de la magnitud de las explotaciones. Una vez gana terreno una, otra vez otra, pero el movimiento se verifica lentamente y nunca durante mucho tiempo en la misma dirección. En general la relación de la magnitud de las explotaciones entre sí se modifica poco cuando sobre ella no actúan más que factores puramente económicos y no agentes de fuerza exterior. Pero en lo que respecta a la superioridad de la gran explotación sobre la pequeña y viceversa, ni la una ni la otra pueden fijarse en absoluto en la agricultura sino que, según las condiciones sociales, unas veces se revela la una y otras veces la otra como la más racional.

Esto lo habían visto ya Marx y Engels. No toda gran explotación agrícola era para ellos superior a la pequeña explotación sino sólo aquéllas que disponían de todos los medios de la moderna técnica y de la moderna ciencia agraria, los cuales son en parte inaccesibles, en parte inaplicables en las pequeñas explotaciones.

Donde la pequeña explotación y la grande trabajan con la misma técnica y los mismos conocimientos, la pequeña explotación se revela superior porque el interés del agricultor en el rendimiento de su labor es mucho mayor que en la gran explotación, donde las fuerzas de trabajo son contratadas. Sólo una técnica avanzada y una gran ciencia pueden compensar esta ventaja de la pequeña explotación. Añádese, además, que en la agricultura, la gran explotación revistió hasta ahora formas que ofrecían una gran resistencia a la aplicación de los últimos inventos de la técnica y de la ciencia. Esto constituye una notable diferencia entre la gran explota-

ción en la agricultura y en la industria. Hagamos notar esto porque no se le ha prestado mucha atención.

La gran popularidad agrícola reconoce un origen completamente distinto al de la gran industria capitalista. Esta es de fecha reciente, de un par de siglos. En cambio el latifundio y la gran explotación agrícola los encontramos en los comienzos de la historia. La gran industria capitalista revela su superioridad económica y técnica sobre el taller por las ventajas económicas que trae consigo. La baratura de precio de sus productos son su arma irresistible.

La gran explotación agrícola por el contrario, es un resultado de la violencia, de la conquista. Allí donde deja existir a su lado al labrador, vuelve después a extender su dominio violentamente con las propiedades del campesino o apoderándose de la propiedad comunal de las aldeas o de las asociaciones comarcanas. Si la gran propiedad no se satisface con hacer de los labradores libres hasta entonces, colonos tributarios, sino que quiere proceder al cultivo propio, entonces se procura los brazos necesarios por la violencia también, valiéndose o de esclavos prisioneros de guerra u obligando a los labradores tributarios a poner a su disposición su trabajo en determinadas proporciones.

Sin embargo, el recién creado terrateniente no se sentía por lo general agricultor. Como guerrero adquirió su propiedad y sus brazos y como guerrero los mantiene. Es y sigue siendo ante todo un hombre de guerra y no un hombre de la tierra. Y hasta hoy se resiente de este origen la gran explotación agrícola. Sobre esta base no puede desarrollarse una técnica avanzada y una explotación científica. El trabajo forzado del esclavo o del siervo, así como el diletantismo de un señor feudal que deja de ser guerrero únicamente para ser cortesano, son las más irracionales de las formas imaginables de explotación. El esclavo maltrata el ganado del señor y no se le pueden confiar más que los útiles más groseros. El siervo cultiva la tierra del señor con sus propios utensilios y sus propias yuntas, pero les hace trabajar más indolentemente que en sus mismos campos. Más conocedor que su señor de las condiciones de una agricultura fructífera está más interesado en aplicarlas en la propia explotación, que el mercenario que administra la hacienda feudal como arrendatario o guarda del señor. En semejantes condiciones sociales, es en todo caso la pequeña explotación la mejor y la más rentable.

No se modifican mucho las cosas cuando en la gran explotación se sustituye el trabajo forzado por el trabajo

asalariado. Las posibilidades de instruirse, organizarse, adquirir condiciones dignas de salario, habitación y jornada de trabajo son mucho más reducidas en el campo que en la gran ciudad. Por eso es para el jornalero de suma dificultad conseguir aquella inteligencia, independencia e interés en el proceso del trabajo sin las cuales es menos posible aplicar eficazmente las innovaciones técnicas y científicas en la agricultura que en la industria, porque éstas no esperan como en la fábrica la misma manipulación bajo las mismas condiciones siempre, sino que en la agricultura están sometidas a los rápidos cambios de la naturaleza libre, a los cuales tienen que adaptarse inteligentemente las máquinas y métodos de la agricultura moderna. Es decir, que la gran explotación moderna es más exigente en cuanto a inteligencia e independencia del obrero en la agricultura, que en la mayor parte de los ramos de la gran industria. Y las condiciones sociales bajo las cuales se han cultivado hasta ahora las grandes propiedades, dificultan mucho más que en la ciudad la elevación del jornalero a las alturas de la ciencia, al pensamiento y a la acción independientes, a la fusión en grandes organizaciones y al influjo en el proceso de la producción. Ahí está la causa principal de que la gran explotación agrícola no haya alcanzado hasta ahora aquella superioridad económica que le corresponde dado el nivel de la técnica y de la biología modernas.

IV

Después de lo anteriormente dicho, puede predecirse fácilmente cómo terminará el "audaz" y grandioso experimento histórico de la actual "revolución agraria" en Rusia.

Los bolcheviques argumentan como siempre con resultados marxistas pero sin tener idea del método marxista.

Para Marx no había nada absoluto. No había una absoluta superioridad del socialismo sobre el capitalismo ni de la gran explotación sobre la pequeña explotación. Esa superioridad la hacía depender siempre Marx de determinadas condiciones. Los bolcheviques prescinden completamente de éstas, tienen que prescindir porque paralizarían de antemano sus proyectos el examinar si existen las condiciones necesarias para su realización. En cambio, a nuestras empresas tiene que preceder un examen así, si es que queremos fundar algo sólido no sujeto al peligro de lo fantástico.

Para que la gran explotación dé resultado en la agricultura, tienen que encontrarse en el país, en cantidad sufi-

ciente, todos los auxiliares de la moderna agricultura, incluso bastantes hombres capacitados para orientar científicamente y hacer de aquéllos un uso conveniente; es decir, escuelas agrícolas superiores, laboratorios biológicos y químicos, etc. Pero ante todo tiene que haber una excelente masa obrera. Esto presupone una amplia democracia no sólo con buenas escuelas primarias sino con completa libertad de prensa, de asociación y de reunión. La masa obrera campesina y sus organizaciones no pueden desarrollarse más que con el auxilio de la masa obrera de la ciudad, que vive en condiciones más favorables. Es necesaria una estrecha comunicación con ésta, lo cual, a más de una completa democracia, supone un gran progreso de los medios de comunicación.

Para que la superioridad de la gran explotación en la agricultura se manifieste plenamente, tienen que darse todas estas condiciones. Incluso en la Europa occidental se presentan bastante imperfectamente y se requiere un intenso trabajo para que siga desarrollándose. En Rusia puede decirse que faltan casi completamente. Sin embargo, en todas partes hay una élite de obreros. Y si en Rusia se encontrase una élite de tal naturaleza que lograra crear en la agricultura grandes explotaciones capaces de existir, de gran altura económica y técnica, que pudiesen servir de explotaciones modelos para toda la población agrícola, sería digno de loa.

Intentos de esta índole se han hecho, y favorecidos por el Estado, desde el principio del régimen bolchevista. Pero los resultados fueron tales que no invitaron a continuar. O desaparecieron al poco tiempo o vegetan penosamente.

Estos fracasos debieron servir de advertencia a los señores de la Rusia soviética. Pero fué al contrario. Como los campesinos no parecían dispuestos a abandonar sus campos para sumarse a la gran explotación, se sacó la conclusión de que debía obligárseles. ¿Quién va a atormentarse investigando si se dan o cómo pueden crearse las condiciones para tal explotación? Se tiene la fuerza y se ordena. Se acabó. Quien dude de la excelencia de ese método es un contrarrevolucionario...

Hacia el año cuarenta del siglo pasado se contaba una anécdota para mofarse de la fe ciega del ruso medio de entonces en la omnipotencia de las autoridades de su patria. Un joven ruso que viajaba por Alemania refería que en Rusia todo era muchísimo más grande, incluso las abejas. —Son tan grandes como palomas, decía. —¿Y las colmenas?, le preguntaron. —Las colmenas son exactamente como aquí. —Entonces, ¿cómo puede entrar una abeja tan grande en

una colmena tan pequeña? —La abeja tiene que entrar, respondió con aire de superioridad el ruso. Esto se ha hecho proverbial. Hoy, después de un siglo casi, se habla seriamente de Stalin y su gente. La abeja tiene que entrar; el campesino tiene que hacerlo, tiene que entrar en la colmena, en la gran explotación sin tener en cuenta si encaja dentro y si podrá amoldarse. Desgraciadamente, no es Stalin el ruso de una anécdota inventada, sino el verdadero señor omnipotente de casi 150 millones de habitantes de la Rusia soviética.

De todas las condiciones que se requieren para que la gran explotación agrícola sea superior a la pequeña, no hay una sola en Rusia. ¿Máquinas agrícolas? Hay algunas pero no muchas. Rusia es bastante pobre para poder comprar muchas y demasiado atrasada industrialmente para poder fabricarlas. Además, el aparato burocrático que tiene que distribuir las, es descuidado, incapaz, sin interés, paralizado en su actividad por medidas fiscalizadoras de distintas clases y por complicadas instancias y además sumido en confusión por la multitud de proyectos que se suceden unos a otros atropellándose y contradiciéndose. Así, pues, la distribución de maquinaria, incluso de los útiles más sencillos, se hace tarde, es insuficiente y desordenada. Las pruebas de esto son innumerables. Tomemos como ejemplo algunos hechos que saco del R. S. D. (Gaceta de la socialdemocracia rusa) de 17 de abril de este año. En un artículo de este excelente órgano, se dice sobre la adquisición de arados para la agricultura:

“La desorganización burocrática que arruina la economía rusa... ha llegado al punto de que los arados construídos ya están almacenados en muchos distritos de la Unión, sin que lleguen ni a la explotación colectivista ni al campesino independiente.”

Esto está corroborado por citas tomadas del órgano que se publica en Rusia, comunista por consiguiente, “Sa Industrialisaziju”, donde se dice:

“En los almacenes de las cooperativas del gobierno de Smolensk hay como material muerto: 52.000 arados, 5.000 máquinas sembradoras, escogedoras, arados de tres rejas de cuyo transporte al parecer no se ha cuidado nadie... No se trata de un fenómeno aislado y casual. En la región de Moskou hay también almacenadas 150.000 máquinas agrícolas; en Ucrania, sólo en arados, 78.000 y no mucho menor es el número de máquinas en buen estado sepultadas en los distritos de Leningrado, en Siberia, en la región del Wolga y en el Cáucaso.”

El mismo periódico comunista califica esta situación frente a los pedidos de primavera de "casi catastrófica".

Esto se refiere casi siempre a arados y a aperos sencillos. La falta de verdaderas y complicadas máquinas, importaría menos, pues el simple labrador entiende tan poco su manejo, que las estropea rápidamente. Luego se las deja en algún rincón donde se oxidan, ya que las piezas de repuesto y los mecánicos hábiles para las reparaciones no se encuentran, por regla general.

Asimismo, faltan abonos y granjas zootécnicas y fitotécnicas.

Pero ante todo falta el factor más importante de la producción: el hombre capaz.

Ya bajo el zarismo se hacía sentir la falta de agrónomos capacitados. La República soviética arrojó del país la mayoría de los hombres cultos, desmoralizó y degradó el resto, educó a la juventud más que con ciencia especializada, con frases comunistas y, además, la desconfianza hacia todo especialista, "spez", hacía que éste se encontrara tan coartado en su acción que era imposible que pudiera hacer algo de importancia con los restringidos medios de que disponía.

No están las cosas mucho mejor respecto a la masa obrera. Faltan en ésta todas las condiciones sin las cuales es imposible una agricultura adelantada. Esta es la razón principal de que la economía colectivista haya dado, hasta ahora, tan exigüos resultados y ejerza tan poca atracción sobre los campesinos.

Esto se ha agravado inconmensurablemente al ordenar de pronto, Stalin, que el número de las explotaciones colectivas aumente con tanta rapidez que dentro de poco tiempo abarquen casi toda la agricultura. Esa rapidez se ha hecho imperiosamente necesaria para los bolcheviques.

V

El intento de establecer una forma de producción socialista superior a la capitalista, en una población sumamente atrasada y por medio de un terrorismo centralista, burocrático y policíaco, estaba condenado de antemano a la bancarrota. Esta se acerca con terrible rapidez. Para evitarla buscan los bolcheviques todos los caminos o al menos los medios de ocultar su llegada a los partidarios o admiradores en los círculos donde no todos son partidarios.

De ahí el plan de los cinco años para la industria, que ha de elevar ésta, apresuradamente, del profundo nivel en

que ahora se encuentra, a la altura de la industria americana, la más rica y adelantada del mundo. Para un rápida elevación de la producción no dispone el bolchevique de más medios que los que utiliza un fabricante incompetente o de pocos recursos: estimular desmedidamente al obrero para un esfuerzo intensivo reduciendo el salario al mismo tiempo, lo cual se hace más disimuladamente con empréstitos forzosos impuestos sobre el salario y deducidos de su salario en dinero.

Mediante este estímulo desconsiderado, se ha conseguido efectivamente un cierto aumento de los productos industriales en la Rusia soviética. Pero parece dudoso que siga el desarrollo. Mas ya actualmente es todo una mentira, pues las consecuencias del desmedido esfuerzo de los obreros se presenta también en el país de la "dictadura proletaria": la calidad de los productos decrece a medida que aumenta su cantidad.

Frente al extranjero alardean los soviets con la cantidad. Pero cuando están entre ellos suspiran sobre el rápido empeoramiento de la calidad, que ya antes no era muy buena.

Así se lamenta el "Trud", el órgano sindical soviético, el 1º de febrero de este año (reproducido en la R. S. D. de 13 de febrero):

"En el año de 1928|29 tuvimos un radical empeoramiento de la calidad de la producción, tanto en la fabricación de medios de producción como en la de los objetos de consumo general. El comisariado del pueblo para control de obreros y campesinos, consiguió una elevación en la calidad de los productos industriales de consumo general. Esta elevación demostró que se llevaba al mercado género de desecho en grandes cantidades, como buen género. En rigor, el desecho alcanza, en una serie de empresas, el 50 por ciento y más. Esto ocurre con casi todas las ramas de la industria sobre las cuales pesa el impuesto."

Horribles son las cifras que el "Trud" comunica de este impuesto, en confirmación de lo dicho. Naturalmente, la producción de productos inservibles no significa otra cosa que desperdicio de trabajo y de material. Este desperdicio se explota ahora en la industria soviética al parecer para sustraerse a la bancarrota. En rigor, lo que se hace, es acelerarla.

El "Trud" termina el artículo citado, con estas palabras:

"Todos los datos indicados aquí se refieren al año de 1928|29. En el actual año económico, no hay que registrar mejoría alguna. En una serie de ramas de la industria (pa-

pel, tabaco, industrias químicas, etc), ha llegado, incluso, a empeorarse la calidad de los productos.”

Ya estaba esto escrito, cuando recibí la R. S. D. de 30 de abril en la cual se reproducen algunos telegramas de la “Prawda”. En el primer telegrama, de 10 de marzo, se celebra que las fábricas rojas de Putilow no sólo alcanzaron sino que sobrepasaron la cuota de tractores agrícolas que les había impuesto el Estado. El 1º de abril, se da cuenta del férvido entusiasmo de los obreros de Putilow por el magnífico resultado.

Sin embargo, el 9 de abril, comunica un telegrama de Charkow:

“Los nuevos tractores de las fábricas de Putilow llegados a los distritos de Uman y Proskurow, presentan, según las actas de recepción, defectos que hacen imposible su empleo: los radiadores están rajados; los émbolos no tienen anillos, la cadena (Raupe) es hueca y a consecuencia del negligente ajuste de las partes, el bloque está completamente roto y las carretillas están llenas de suciedad y de chatarra.”

Este telegrama no sólo arroja luz sobre los efectos del recargo del obrero en la industria, sino también, sobre el modo de proveer de máquinas a los “kolchosen”.

Es cosa ya vieja y que no debe ser desconocida de los economistas de la Unión soviética, que con la mera excitación del obrero al trabajo, no se salva una empresa cuyos fundamentos económicos están completamente carcomidos.

El progresivo fracaso de la industria rusa produce también un constante retroceso de la producción agrícola. Por una parte, porque la renovación de los medios de trabajo agrícolas se va estancando cada vez más y por otra, porque el campesino limita su producción cuando en cambio del exceso de ésta no recibe productos industriales o los que recibe son inservibles. En la medida en que el campesino lleva al mercado pocos productos, va creciendo el deseo de arrebatárselo violentamente lo que la ciudad necesita o gravándole o despojándole, sencillamente, cuando no quiere hacer la entrega voluntariamente. Desde luego esto disminuye el interés del campesino en producir más de lo que necesita para el propio uso y le va colocando cada vez más en la oposición.

No hay más que una salida de esta amenazadora situación, si quiere mantenerse el sistema soviético: la sustitución de la economía agraria privada, por grandes explotaciones públicas cuyos productos pertenezcan al Estado y cuyos obreros dependan completamente del poder del Estado. Y como a los detentadores del poder en la república soviética, les va

subiendo el cuchillo a la garganta, tiene que hacerse esto en seguida, con la máxima celeridad. Los campesinos, que no ceden voluntariamente al Estado sus tierras, ni quieren voluntariamente tampoco, convertirse en jornaleros en ellas, son obligados a ello sencillamente. La abeja tiene que entrar en la colmena.

VI

Naturalmente, la socialización de la agricultura se cumple en la Rusia soviética bajo pretextos tan falaces como todo lo que ocurre en ese paraíso del obrero.

¿Obligar a los campesinos para que piensen, como conviene a un Estado de campesinos y obreros? No; de lo que se trata, únicamente, es de quitar del camino un obstáculo que se opone al campesino, que irrumpe con todas sus fuerzas en el colectivismo y que quiere abandonar alegremente la explotación que tenía hasta ahora. Este obstáculo es el kulak.

El poder arbitrario de los señores soviéticos conoce un medio muy sencillo para disculpar todos los actos de violencia. A todo el que no le conviene, le coloca una etiqueta con lo cual están ya justificadas todas las infamias que se cometan con él. Un obrero que siga hoy pensando tan en socialdemócrata como Lenin pensaba todavía en 1916, es, sencillamente, un renegado, un socialfascista, un traidor social, es decir, un canalla contra el cual son buenos todos los medios. Un ingeniero o un director de una fábrica que no puede lograr buenos resultados dentro de la general miseria, es un hombre que sabotea la obra del Estado proletario, un contrarrevolucionario al que hay que mandar a la picota.

De la misma manera todo campesino que no se suma de grado a las grandes explotaciones modernas, es un kulak, el mayor enemigo del campesino que pueda imaginarse. Llamábanse antes kulaks a aquellos grandes labradores que se aprovechaban de la miserable situación del pequeño campesino, haciéndole anticipos en los tiempos difíciles que luego se hacían pagar con elevados réditos o con prestaciones personales. Estos usureros que bajo el zarismo mantenían en la esclavitud a la masa campesina, siguen hoy cometiendo sus crímenes, doce años después de la gloriosa revolución que había de proporcionar a todos los campesinos tierra y bienestar. Todavía hoy se hace sentir entre los campesinos una necesidad tan horrible, que se ven obligados a dejarse explotar por usureros cuyo número es tan grande que dominan el pueblo y hacen necesarias numerosas "expediciones de ataque" de obreros de la ciudad para acabar con ellos.

Si esto fuera así, no podría imaginarse una crítica más aniquiladora de la política agraria del bolchevismo. Pero en realidad las cosas son de otro modo. No mucho mejor, en verdad. En los pueblos hay demasiado labradores pobres y la política soviética los va arruinando cada vez más. ¿De dónde van a salir hoy los usureros? La existencia de millones de campesinos hambrientos es compatible con la esencia del Estado soviético, pero no la del labrador acomodado, no digamos rico. Este es un proscripto no ya por sus actos, sino por su propiedad. La denominación de kulak no es hoy más que una falsa muestra que se cuelga de todo campesino que no está dispuesto a ceder su tierra y que no quiere correr el riesgo del incierto experimento de la explotación colectiva ya que su explotación privada no está arruinada completamente,

Es increíble la gente que hoy hay en Rusia con el estigma de kulak. Dos ejemplos sólo del número ya citado del 17 de abril del R. S. D. No sólo campesinos, sino hasta ferroviarios que poseen un pedazo de tierra están señalados como kulaks y como tales excluidos de los sindicatos y expropiados, Un número del "Trud" de 9 de abril da cuenta de dos casos: Un obrero llamado Sidorenko en Beresowka, que llevaba 17 años en la explotación, con una familia de nueve miembros, poseía un trozo de tierra de 14,5 Ha. Fué lo bastante prudente para ceder, hace dos años, al soviet de la localidad, su terreno. Pero había sido propietario una vez. Quizá había incluso lamentado el haber cedido su propiedad. Es decir, que era uno de los elementos kulaks y como tal fué expulsado de la sociedad y se envió una "brigada de ataque" a su domicilio, la cual, como no había nada que expropiar se apoderó de la harina que había comprado en la cooperativa. Todavía un kulak más insolente era un ferroviario de Karpowo, expulsado de la sociedad como "propietario de casas" y "especulador" y castigado con la confiscación de sus bienes. Efectivamente, poseía una tierra de 4,35 Ha. y una vaca. También tenía una casa aunque por cierto no estaba terminada. Hacía años que trabajaba en ella — él solo — y entretanto vivía en una habitación con una mujer y un niño. Y especulador era, también, porque había recolectado más patatas de las que necesitaba y había vendido algunas. Conocemos estos dos casos porque la suprema instancia del sindicato los examinó y los encontró desatinados. Pero el mismo "Trud" dice que hay infinidad de casos como estos que no pueden ser examinados. En las aldeas la arbitrariedad impera más todavía. Citemos sólo un ejemplo que la "Russie

opprimée" (París), del 12 de abril, toma de la "Prawda" de 25 de marzo.

En Ekaterinowo se procedió contra un pobre campesino acusado de kulak, confiscándole un caballo, siete gallinas, nueve cajas de cerillas y algunas pequeñeces más.

Centenares de miles de campesinos son acusados de kulaks y expropiados. Se les arrebató no sólo la tierra sino el inventario agrícola, sus comestibles, sus vestidos y sus muebles. O se les sume en la miseria o se les deporta al Norte a trabajo forzados, donde perecen, como leñadores, de hambre, de frío y de miseria. A veces, cuando faltan medios de transporte el incómodo kulak es sencillamente fusilado.

Este es el destino que amenaza a todo campesino que se atreva a negarse a entrar en una gran explotación. No es de extrañar, pues, que la prensa soviética pueda decir triunfante que los campesinos se disputan el honor de ceder sus propiedades para sumarse a las explotaciones colectivas. En algunos distritos hicieron esto casi todos los campesinos y a veces en pocas semanas.

Pero no raramente el efecto fué distinto. Los kulaks amenazados se levantaron en tan gran número y con tanta población tras de ellos — hasta el punto de que en ocasiones el Ejército rojo se negase a atacarlos — que Stalin tuvo miedo y prohibió en su famosa circular del 15 de marzo de este año que se aplicase la fuerza para la socialización. Pero no siempre se cumplen los decretos. Los progroms se desencadenan con más facilidad que se reprimen y la situación está tan tirante que el furor contra los kulaks, es decir, contra los campesinos que no están todavía completamente arruinados y tienen aún algo que perder, puede desatarse de nuevo cualquier día. El método de saquear al productor paraliza indudablemente el proceso de la producción, pero pone, inmediatamente en manos del saqueador, cosas que puede necesitar.

De todas maneras la agricultura rusa se encuentra en un estado de la mayor incertidumbre sobre la forma de explotación del mañana.

Ya hemos visto que en las condiciones actuales de Rusia la gran explotación es por de pronto menos racional en la agricultura que la pequeña. La carencia de maquinaria, de agrónomos competentes, de labradores enterados que piensen y obren por sí mismos tienen que obrar restrictivamente sobre la gran explotación. La forma cómo se forzó la creación de esas grandes explotaciones ha aumentado los inconvenientes de éstas. Donde se impusieron, se hace su explotación

ahora con trabajo forzado y no representan un escalón más alto en la economía, sino un retroceso a la antigua gleba o al sistema de las plantaciones, con la sola diferencia de que la gleba soviética no está en posesión de una familia de nobles guerreros, sino de la nobleza comunista salida de la guerra civil.

El trabajo forzado es el método de trabajo más irracional que hay y el que peores resultados da en comparación con el trabajo libre. Verdad es que no van al colectivismo más que los pobres labradores completamente arruinados, los que se revelaron más torpes e incapaces. Se refugian en los kolchosen para buscar un retiro del Estado. La gran explotación no se beneficiará con ellos ni en una hoja.

A todo esto se añade la vertiginosa velocidad con que se introduce, sin previa preparación, el nuevo orden y la brutal violencia sin la cual no es posible introducir nuevo orden en la Rusia soviética. Las brigadas de choque de las ciudades, encargadas de infiltrarle a golpes al campesino el gusto por la gran explotación, no sólo han expropiado a los campesinos mejor acomodados, sino que arruinaron muchos de sus aperos y mataron parte de su ganado. Por otra parte, muchos labradores que veían la inutilidad de resistir, a entrar en las explotaciones colectivas, mataron ellos mismos su ganado y le comieron o le vendieron, porque pensaron que en la gran explotación no iban a necesitar más de él. Así se destruyeron muchos medios de producción que tan imperiosamente necesita la agricultura rusa de un inventario tan pobre en instrumentos y semovientes.

Y a estos horribles daños viene a sumarse todavía la terrible incertidumbre que se cierne sobre la agricultura, cuyo porvenir no depende de los conocimientos del agricultor que sabe mejor sus condiciones de trabajo, sino del capricho y de las necesidades del momento de los señores del Kremlin, no siempre muy expertos. Esta paralizadora incertidumbre, mata completamente el resto de iniciativa y de alegría en el trabajo que hayan podido quedar todavía en la población agrícola.

En estas condiciones ya se sabe cuáles han de ser los resultados del experimento de Stalin.

Naturalmente, los suyos tratan de ocultar el ruidoso fracaso. El mejor medio para mostrar aldeas a lo Potemkin, para hacer brillar a la luz de una radiante belleza cosas horribles, es el film. Como antes, también ahora está puesto, por los omnipotentes soviéticos, al servicio de su propaganda. Un film de Eisensteins, "La línea general", nos muestra

cómo en Rusia los kolchosen y sowchosen surgen del más puro entusiasmo y se imponen victoriosamente derramando alegría y bienestar.

Desgraciadamente hay socialistas que se dejan imponer por estas mentidas representaciones. En el momento en que escribo estas líneas, encuentro en un prestigioso órgano del partido "ese magnífico film real" ensalzado como el ejemplo admirable de "la realización de una idea social". Quien esto escribe, conoce a Rusia por el cine y no por publicaciones serias.

En realidad no conseguirá Rusia crear grandes explotaciones viables. En cambio, el intento de hacerlas salir en un momento a centenares, ha matado los elementos más sanos y productivos de la pequeña agricultura. Este será el único efecto duradero de la revolución agraria. Con la "velocidad fulminante" con que quería Stalin, no puede llegarse al colectivismo de toda Rusia sin que se paralice por completo el proceso de la producción.

En la industria pueden alzarse grandes explotaciones al lado de las pequeñas sin que éstas se paralicen. Si se llega a una paralización, es como consecuencia, no como premisa del surgimiento de la gran explotación. En cambio, en el campo que está ya en cultivo, no puede constituirse una gran explotación mas que eliminando antes una serie de pequeñas explotaciones. Esto significa que el paso de la pequeña a la gran explotación debe hacerse lenta, no rápidamente, y sólo parcial, no totalmente, si no se quiere que todo el proceso de producción agrícola se altere. Ahí está una de las razones de la naturaleza conservadora de los distintos tamaños de explotación en la agricultura. De la noche a la mañana pueden modificarse las proporciones de la propiedad, pero no de la explotación.

Cuando encontramos en la historia que los campesinos reúnen sus tierras para constituir rápidamente una gran propiedad, es porque al mismo tiempo se pasa de la agricultura al pastoreo, que la creciente demanda de lana hace, temporalmente, más provechoso en Inglaterra y en el norte de Alemania.

En Rusia es distinto porque ahí no hay que aminorar sino que aumentar el rendimiento de la agricultura, si no se quiere que perezca de hambre la población. Yo creo que la mejor manera de satisfacer esta necesidad, es la gran explotación racionalizada. Pero aun cuando se dieran en Rusia las condiciones para ello, lo cual no es el caso ni mucho menos, tales explotaciones no pueden crearse más que lenta, progre-

sivamente, con el absoluto consentimiento de la población agrícola después de madura preparación, si no se quiere que se altere toda la producción agrícola. En mi obra sobre la "Socialización de la agricultura", he descrito los métodos de ese procedimiento progresivo. Expresamente, reprochaba yo allí los métodos que ahora se siguen en la Rusia soviética.

"El proletariado victorioso tiene toda clase de motivos para procurar que la producción de víveres continúe sin alteración. Una expropiación del campesino provocaría el caos de toda esa rama de la producción y amenazaría con el hambre al nuevo régimen. De manera que los campesinos deben estar tranquilos. Su necesidad como factor económico debe precaverlos de toda expropiación, prescindiendo de que la más elemental prudencia aconseja no crearse, sin necesidad, la enemistad de un sector tan considerable de población." (pág. 71).

Entonces estimaba demasiado la sensatez de los comunistas. Cuanto más desatinadamente expropian al campesino, tanto más aconsejará la prudencia a la socialdemocracia reprobando enérgicamente los procedimientos soviéticos y poner de manifiesto la locura de experimentos tan atrevidos, tan grandiosos y tan admirados.

Las consecuencias para todo el pueblo ruso han de ser pavorosas. Los aterradores déficits de la industria soviética se cubren ahora a costa de la masa campesina, que tiene que pagar en forma de enormes precios para los productos industriales o de fuertes impuestos.

Pero si ahora falla también la agricultura y presenta déficit, ¿cómo se cubrirá éste?

Así, pues, la catástrofe económica se hace inevitable. Y el fracaso de la agricultura se hace mucho más rápidamente perceptible que el de la industria. Un abatimiento industrial puede soportarle durante mucho tiempo un pueblo, sin sucumbir. Puede uno pasar bastante tiempo sin nuevos vestidos, y más aun sin nuevos muebles, nueva vajilla, nuevas casas que sustituyan a lo viejo, pero no sin víveres. La ruina de la agricultura supone ni más ni menos que el hambre y la muerte. Si no se cumple un milagro, la ruina de la pequeña agricultura y la insuficiencia de las grandes explotaciones conducirá dentro del año a una horrible catástrofe del Estado soviético.

No puede decirse ahora, cómo se manifestará ésta y cuáles serán las consecuencias que produzca. Para la enormidad de lo que en Rusia acontece, no hay precedente.

Pero contra una cosa querría protestar: contra el riesgo

que corren nuestros ideales al caracterizar la actual economía rusa como una aspiración para conseguir dichos ideales. La esclavitud de estado del bolchevismo no tiene nada que ver con el socialismo y desde hace muchos tiempo no tiene ya nada que ver con la Revolución Social.

Frecuentemente se dice para justificar el terrorismo: Las revoluciones no se hacen con aguas de rosas. Desde luego, no. Nosotros podemos tolerar los actos sangrientos cuando son explosión de la cólera de un pueblo oprimido y maltratado y abren el camino para una regeneración social. Pero actos de crueldad ejercidos contra los hombres trabajadores a sangre fría, por una reducida casta de tiranos como medio de prolongar su parasitismo, no podemos reconocerlos como actos revolucionarios y mucho menos cuando no elevan al pueblo sino que le conducen a la ruina.

Vemos a Rusia hoy dominada por un predominio de la necesidad y la infamia que convierten a todo el país en un manicomio y que maltrata horriblemente sus trabajadores en la ciudad y en el campo, para llevarlos al abismo.

Nadie puede perjudicar tanto la causa de la verdadera revolución social como aquellos socialistas que llaman revolución las acciones insensatas de los detentadores del poder en Rusia.

C A R L O S K A U T S K Y

Un pueblo que cuenta con glorias legítimas en su historia, es un pueblo grande que tiene porvenir y misión propia. El pueblo argentino llevó el estandarte de la emancipación política hasta el Ecuador. La iniciativa de la emancipación social le pertenece. Su bandera será el símbolo de dos revoluciones; el sol de sus armas, el astro regenerador de medio mundo. — ESTEBAN ECHEVERRÍA.
— (Dogma Socialista).